

mandamientos en dos piedras duras? Durante mi vida he asistido al endiosamiento de unos cinco bobos: Kerensky, el General Herrera, Abadía Méndez, Alfonso

Fernando González

López y Olaya Herrera. No he podido encontrar nada grande humano; grandes son los nevados andinos, el mar, el sol y sobre todo las estrellas y Simón Bolívar.

La Vida de Vivekananda

El discípulo amado

y 4.— Véase la entrega anterior.

A principios de 1884, la desaparición de su padre, descuidado y pródigo, bruscamente llevado por un acceso cardíaco, dejó a la familia en la ruina. Seis o siete bocas por alimentar. Y una nube de acreedores. De un día para otro, Naren conoció la miseria, la caza agotadora de empleos, la indiferencia egoísta del mundo y la relegación de los amigos. Él ha contado su desastre en páginas que se aproximan a las más dolorosas confesiones. (1)

«... Me moría de hambre. Descalzo, erraba de oficina en oficina, rechazado en todas partes. Y hacía experiencia de la simpatía humana. Era mi primer contacto con la realidad de la vida. Descubría que no había lugar para los débiles, los pobres, los abandonados. Los que, algunos días antes, hubieran estado orgullosos de ayudarme, me volvían la cara, aunque largamente prometiesen venir en mi socorro. El mundo me parecía la obra de un demonio. Cierta ardiente día en que apenas lograba tenerme en pie, me senté en una plaza, a la sombra de un monumento. Algunos amigos estaban allí, y entre ellos alguno cantaba un himno a la gracia desbordante de Dios. Esto fue como un golpe asestado en mi cabeza. Pensaba en la condición deplorable de mi madre y de mis hermanos. Entonces grité: «Cesad en ese canto! Semejantes fantasías pueden ser agradables a los que han nacido con una cuchara de plata en la boca, a los que no tienen en su casa, parientes muriendo de hambre. Sí; hubo un tiempo en que también yo pensaba como vosotros. Pero hoy, ante la atrocidad de la vida, todo eso suena en mis oídos como una burla macabra.» Mi amigo se sintió herido. No podía darse cuenta de mi horrible desgracia. Más de un día, cuando veía que en la casa no había suficiente de comer para todos, yo me alejaba, diciendo a mi madre que estaba invitado afuera; y ayunaba. Mis amigos ricos me solicitaban alguna vez para que fuese a su casa a cantar. Con alguna excepción posible, ninguno parecía curioso de conocer mis miserias; y yo las guardaba para mí...»

Sin embargo, continuaba rogando a Dios, cada mañana. Un día, oyéndolo su madre cuya piedad se había enfriado por el exceso de la desgracia, le dijo:

«Tonto! Cállate! Orando a Dios te mantienes desde la infancia. ¿Y qué es lo que él ha hecho por ti?...»

Entonces, a su vez, se llenó de resentimiento hacia Dios. ¿Por qué no respondía Él a sus desesperadas llamadas?

¿Por qué toleraba tantos sufrimientos sobre la tierra? Y la áspera palabra del pandit Vidyasager le vino a la memoria: «—Si existe un Dios bueno y lleno de gracia, por qué mueren, entonces millones de gentes por falta de algunos bocados?» (1)

Una protesta furiosa le irguió contra el cielo. Y declaró la guerra a Dios.

Jamás había podido él esconder algo de sus pensamientos. Habló públicamente contra Dios. Probaba su inexistencia o su maldad. Su reputación de ateo se estableció. Y según la costumbre de los devotos, se achacó a su descreimiento motivos inconfesables; y se recriminó sus costumbres. Esta maledicencia le endureció. Practicó una fanfarronería de sombrío desprecio para declarar en voz alta que en un mundo tan abyecto, un hombre, presa como él, de las persecuciones de la suerte, tenía pleno derecho de buscar un respiro en un placer cualquiera; y que si él, Naren, llegaba a convencerse de la eficacia de tales medios, no los rechazaría nunca, por temor de quien fuese. A los discípulos de Ramakrishna, que llegaban a hacerle piadosas reconvenciones, les replicaba que no era sino un cobarde quien por temor, creyera en Dios. Y los despedía... No obstante, Naren sufría a la idea de que Ramakrishna pudiera condenarlo, como los demás. Pero su orgullo gritaba: «Qué me importa! Si la reputación de un hombre reposa sobre fundamentos tan frágiles, no debe preocuparme, y la pisotearé!»

Todos le juzgaban perdido. Solamente, Ramakrishna, en su retiro de Dakshineswar, le dispensaba su confianza (2); y esperaba el momento. Sabía que la salud de Naren no podía llegarle sino de él...

El verano había pasado. Naren proseguía siempre su caza desesperante de los gana-pan. Una tarde en que no había comido, cansado y mojado por la lluvia, se sentó al borde del camino, en el portal de una casa. El tumulto de la fiebre se desencadenó en su cuerpo fatigado. De

(1) El pandit Vidyasagar (Isvara Chandra, 1820-1891), reformador social, director del Colegio Sánscrito de Calcuta, que conoció a Ramakrishna y cuyo recuerdo es venerado, menos aun por su gran saber que por su grande amor a la humanidad, después de una vida de devoción, espectador impotente del hambre de 1864 que produjo más de cien mil víctimas, rechazó a Dios. Y se consagró únicamente al servicio de los hombres. Vivekananda habla todavía, con respeto emocionado y sin una palabra de condenación, en 1898, en un viaje a Kachemira, con la Hermana Nivedita, de él; y ésta anota sus entrevistas. (Notes of some Wanderings with the Swami Vivekananda, Calcuta, Udbohan Office.)

(2) Más tarde, Vivekananda decía: «Ramakrishna fue la sola persona que creyó en mí, sin vacilar. Hasta mi madre y mis hermanos se mostraron incapaces de ello. Su confianza inquebrantable me ligó a él para siempre. ¡Sólo Él sabía amar!»

pronto, sintió algo así como si las envolturas de su alma se desgarrasen. Y la Luz vino (1). Todas sus dudas del pasado fueron automáticamente resueltas. Y pudo entonces decir:

—«Yo veo, yo sé, yo creo, yo estoy libertado...»

Su cuerpo y su espíritu se hallaban en reposo! Regresó y pasó la noche en meditación. Al día siguiente, su resolución estaba tomada. Había decidido renunciar al mundo, como en otro tiempo su abuelo. Y se fijó un día para el cumplimiento del voto definitivo.

Y, aquel día, de improviso llegó a Calcuta Ramakrishna. Y rogó a Naren que le acompañase, por la noche, a Dakshineswar. En vano trató Naren sustraerse a la invitación, y tuvo que seguir al Maestro. En su cámara, durante la noche, encerrado con él, Ramakrishna se puso a cantar. Aquel bello canto, que arrancó sollozos al joven discípulo, le hizo conocer que el Maestro había penetrado sus designios. Ramakrishna le dijo:

—«Yo sé que ya no podréis permanecer en el mundo. Pero, por amor a Mí, permaneced en él tanto tiempo como yo viva!»

Naren volvió a su casa. Había hilado ciertos trabajos en una oficina de traducciones y en un estudio de abogado, aunque no tenía aun empleo permanente; y la suerte de su familia no estaba asegurada para el futuro. Y así, pidió a Ramakrishna rogara por él y por los suyos.

—«Mi niño, le dijo Ramakrishna; yo no puedo hacer semejantes plegarias. Pero, ¿por qué no las haces tú mismo?»

Naren fue al templo de la Madre. Se hallaba en un fervor exaltado; una onda de amor y de fe le inundaba. Pero, cuando al regreso, Ramakrishna le preguntó:

—«Y bien, qué habéis orado?...» Naren se apercibió de que había olvidado pedir el consuelo de su miseria. Ramakrishna le dijo: «Vuelve».

Volvió una segunda vez y luego una tercera. Mas apenas entraba en el templo, se desvanecía de sus ojos el objeto de su plegaria. A la tercera vez, sin embargo, el pensamiento de su demanda se presentó; pero un sentimiento de vergüenza le llenaba: «Para qué vulgares intereses venía él a importunar a la Madre?... Y entonces rogó:

—«Madre, no tengo necesidad de nada sino de conocer y de creer.»

A partir de ese día, una nueva era se inició en él. Y su fé, que había nacido de la miseria, como en el viejo Arpista de Goethe, no olvidó jamás el gusto del pan empapado en lágrimas, ni a los hermanos en el sufrimiento que se reparten las migajas. Así, en un grito sublime lo hizo oír al mundo:

—«El solo Dios en que yo creo es la suma total de todas las almas, y por sobre todo, mi Dios los malvados, mi Dios los miserables, mi Dios los pobres de todas las razas!...»

«El Galileo había vencido!» El tierno

(1) Siempre el mismo *processus* mecánico de la Revelación. Ella se produce en la hora exacta de los límites vitales, cuando las últimas reservas de la voluntad de combate se han agotado. (C. p. 47, nota 1.)

(1) Este relato está entresacado de la «Vida de Ramakrishna, p. 426 y sigs.»